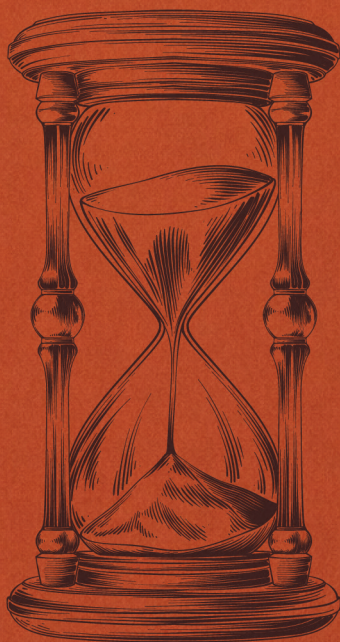


SOLO EL TIEMPO NECESARIO



Novela

José Humberto
Galiano La Rosa

SOLO EL TIEMPO NECESARIO

Solo el tiempo necesario es una novela histórica y profundamente humana sobre la herencia emocional de las migraciones y el cruce entre la memoria íntima y los grandes acontecimientos del siglo XX. Desde el sur de Italia, entre las dos guerras mundiales y los años del fascismo, hasta el Caribe colombiano, la historia sigue el tránsito de una familia marcada por el desarraigo, la guerra y la necesidad de reinventarse.

A través de una estructura que alterna tiempos, voces y escenarios, la novela explora cómo la historia irrumpe en la vida cotidiana y obliga a elegir entre permanecer, huir o reconstruir la identidad. Cartas, silencios y recuerdos fragmentados tejen un relato donde el tiempo, como experiencia vital e histórica, marca el destino de los personajes.



José Humberto Galiano La Rosa

Escritor colombo-italiano y médico internista. Su trayectoria vital y profesional, desarrollada entre Colombia, España y Costa Rica, nutre una obra literaria marcada por la reflexión sobre la memoria, la historia, la migración y la condición humana. Es autor de *Por los distintos senderos*, *Cuentos no contados: cuento historias como cuentos* y *El juego del silencio*, y ha sido incluido en antologías latinoamericanas.

En *Solo el tiempo necesario*, renueva la novela histórico-costumbrista desde una mirada crítica y contemporánea.



UNIVERSIDAD
SERGIO ARBOLEDA
Fondo de Publicaciones

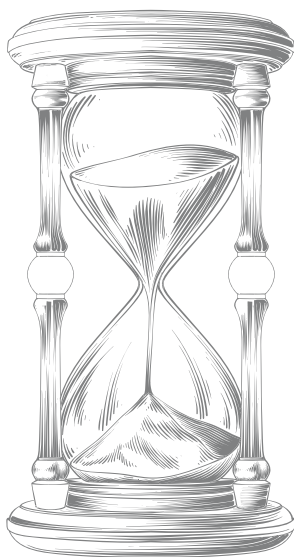
ISBN: 978-628-7730-39-7



9 786287 730397

e-ISBN: 978-628-7730-40-3

SOLO EL TIEMPO NECESARIO



Novela

José Humberto
Galiano La Rosa

Galiano La Rosa, José Humberto

Solo el tiempo necesario / José Humberto Galiano La Rosa ; prólogo: Camilo Noguera - Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 2026.

XII, 198 p.

ISBN: 978-628-7730-39-7

1. Novela histórica colombiana 2. Relaciones de familia - Novela 3. Exiliados - Novela 4. Vida cotidiana - Novela I. Noguera, Camilo, prologuista

CO 863.5 ed. 22 CDD

SOLO EL TIEMPO NECESARIO

ISBN: 978-628-7730-39-7 (*Rústica*)

ISBN: 978-628-7730-40-3 (*.pdf*)

©**José Humberto Galiano La Rosa**

Universidad Sergio Arboleda

Autor

José Humberto Galiano La Rosa

Prólogo:

Camilo Noguera Pardo

Primera edición: Abril de 2026

Edición por el Fondo de Publicaciones de la Universidad Sergio Arboleda.

Queda prohibida toda reproducción, por cualquier medio, sin previa autorización escrita del editor. El contenido del libro no representa la opinión de la Universidad Sergio Arboleda y es responsabilidad del autor.

Edición:

Deisy Osorio
Cordinadora Editorial

Corrección de estilo

Deisy Osorio

Diseño y Diagramación

Stiven Rodríguez

Impresión:

DGP Editores

Universidad Sergio Arboleda
Calle 74 N.o 14-14
Teléfono: (601) 325 7500, ext. 2476
www.usergioarboleda.edu.co
Bogotá D. C.

Prólogo

Usualmente, la narrativa histórica oscila entre el ensayo erudito y la historia novelada. El primero enseña, pero a menudo fatiga al lector no experto por la cantidad de datos y lecturas previas que se suponen han sido agotadas; la segunda entretiene, pero suele ser descartada por el público versado cuando la ficción se concede licencias *in extremis* que no se corresponden con el rigor histórico. Lo verdaderamente interesante ocurre cuando se logra conjugar ambas cosas, es decir, la precisión histórica y la amabilidad narrativa, tal como sucede en *Solo el tiempo necesario*.

Esta es una novela histórica breve que relata la vida de una familia obligada a exiliarse por el fascismo italiano de Benito Mussolini. Sin embargo —y esto es lo que deseo destacar en este prólogo—, no es una típica narración de exilio. Me refiero a que el autor no entrega una pieza literaria caracterizada ni por una minuciosa descripción del dolor de las víctimas ni de los escenarios de crueldad de los victimarios, tal y como sucede en buena parte de la bibliografía existente sobre el tema.

En efecto, gran parte de la literatura sobre los totalitarismos del siglo XX ha privilegiado una estética del sufrimiento que, aun siendo necesaria para la memoria histórica, ha tendido a fijarse en la descripción pormenorizada del horror. Obras como *Si esto es un hombre*, de Primo Levi; *El archipiélago Gulag*, de Aleksandr Solzhenitsyn; *Crematorio frío*, de József Debreczeni, entre otros textos de tenor análogo, constituyen testimonios imprescindibles que reconstruyen, con rigor y crudeza, los mecanismos del exterminio y de la opresión. Sus páginas hacen que la experiencia

límite se convierta en el centro narrativo, y la palabra intenta dar cuenta —a veces hasta el límite de lo decible— de la degradación humana en los campos de concentración o en los sistemas de trabajo forzado.

Solo el tiempo necesario, en cambio, se sitúa en un registro distinto. No niega el trasfondo histórico ni la violencia que lo atraviesa, pero elige una vía distinta para abordarlos. Más que recrear el horror en su dimensión explícita, la narración se orienta hacia las huellas que este deja en la intimidad de la vida familiar, en los silencios, en las decisiones y en la persistencia de ciertos vínculos. De este modo, el exilio no aparece como una acumulación de padecimientos extremos, sino como una experiencia que abre también un espacio para la reconstrucción del sentido.

La novela relata una migración familiar y laboral, pero bajo la sombra de un siglo que hizo del desarraigo una experiencia masiva. Frente a esa historia grande, el libro responde con una historia pequeña y luminosa: una casa, una mesa, una finca, una palabra cumplida, una carta a tiempo, un perdón pedido, una comunidad fundada. Es decir, una estética de lo cotidiano —o, más precisamente, una belleza moral— que se construye y reconstruye día a día en la cotidianidad.

Aún en medio de las fracturas que imponen el desarraigo, la precariedad y la enfermedad, la narración revela cómo la vida cotidiana —en sus gestos más sencillos, en la persistencia de los afectos, en la dignidad silenciosa de quienes resisten— se convierte en un espacio donde la belleza de lo simple se levanta y se alcanza. Es justamente en esa atención a lo pequeño, a lo aparentemente menor, donde el relato encuentra su mayor fuerza: no en la exacerbación del sufrimiento, sino en la capacidad de mostrar que incluso en las condiciones más adversas subsiste una posibilidad real de sentido.

En el trabajo y en el esfuerzo cotidiano, muchas veces marcados por la precariedad, sucede que se crean ocasiones de dignidad,

pues en la repetición de las tareas, en la disciplina silenciosa y en la tenacidad frente a la adversidad, se va configurando una ética que da espesor a la existencia. En este contexto, la familia es una comunidad de amistad en la que cada sacrificio encuentra su lugar dentro de una trama mayor. Es en esa conjunción de amor, oración y trabajo donde la narración alcanza su tono más logrado: una estética que no embellece artificialmente la realidad, sino que descubre en ella —tal como es vivida— una forma profunda y alcanzable de belleza.

Nótese que insisto en el concepto de *la estética de lo cotidiano*. A lo largo de las distintas escenas, emerge tal estética, a través de los gestos reiterados de una familia donde aparece: el cuidado mutuo, la palabra oportuna, la fidelidad sostenida en medio de la dificultad. No hay escenas extraordinarias, ni pasajes profundísimos; tampoco situaciones estremecedoras. Hay, más bien, una belleza simple y delicada que rehúye de la grandilocuencia y que, en cambio, aparece con un ritmo íntimo y franco, que recoge el dolor sin negarlo y que abre, en la interioridad, un horizonte de significado que no depende de las circunstancias, sino que las supera por elevación:

Hay cosas para las que nunca se está preparado; cosas que suceden y desbaratan hasta las más profundas creencias, algo que solo con el paso de mucho tiempo la vida te da la oportunidad de entender a medias —solo a medias—, porque siempre habrá preguntas que no se pueden responder y, para lograr algo de serenidad, es preciso recurrir a lo que conocemos como la fe (José Humberto Galiano la Rosa, Solo el tiempo necesario).

Así, la vida familiar se convierte en un espacio donde lo invisible adquiere forma, y donde la belleza moral se insinúa en la constancia de los vínculos. Con todo —y esto vale la pena destacarlo—, las narraciones no son sermones, sino exposiciones: no predicán la virtud, sino que la muestran en escenas concretas —domésticas, laborales y familiares.

Me basta mencionar algunos ejemplos. Giorgio llega a Colombia afectado de carencias: sin dominio del idioma, con incertidumbre y poco dinero, pero con una “maleta repleta de esperanzas y anhelos”. Esa imagen concentra y anticipa todo: el exilio como despojo material y, al mismo tiempo, como reserva interior. Desde el desembarco, la narración insiste en su disposición a aprender, observar, escribir cartas y sostener vínculos. No es un héroe abstracto, sino un hombre que hace del trabajo y de la fidelidad una forma de dignidad.

No idealiza Colombia ni se deja vencer por el desconcierto. Pregunta, observa, mide, aprende palabras, escucha consejos, calibra riesgos. Su “escuela” no es académica, sino práctica: el río, la gente, el mercado, el trabajo. Hay en Giorgio una prudencia humilde, que insiste en aprender sin soberbia, así como una terquedad en conservar una conciencia tranquila, que no se endurece, y un carácter despejado, no contaminado por el dolor.

Pero hay más. En muchas novelas históricas el exilio se narra desde la perspectiva del hombre que parte; aquí, en cambio, una dimensión decisiva de la historia está en quien espera, sostiene, renuncia y persevera. Sofía es la forma de la esperanza activa. Atraviesa el mar con miedo, embarazo y carencias y frente al desaliento transforma su espera en fortaleza y paciencia para llegar al puerto en que la espera su esposo. Su amor se atestigua en una fidelidad continua, sacrificada y pura. Gestos éticos que hablan de una forma de feminidad hoy casi extinta. Así, cada personaje es una muestra de información moral; más aún, cada uno alcanza un grado singular de belleza moral.

El texto es también un ejercicio narrativo de memoria filial que, a través del acto artístico, conquista las colinas de la memoria familiar, pues, su autor, José Humberto Galiano La Rosa es hijo de los protagonistas de la novela; por lo tanto, su voz es, en pureza, un testimonio existencial que preserva una memoria amenazada por el paso del tiempo y que, a la vez, la reinterpreta y la vivifica desde una conciencia que la reconoce como herencia viva.

Por ello, la memoria familiar adquiere una densidad particular, ya que no se reduce a la típica y muchas veces distante mirada del historiador ni a la invención libre del novelista. Se trata, más bien, de una voz que se sabe radicalmente implicada en aquello que recuerda, recrea y testimonia, y que no puede desligarse de las gramáticas familiares que han modelado su tono, su sensibilidad y su modo de comprender el mundo. En concreto, al narrar la vida de sus padres y de su familia, el autor no lo hace desde una exterioridad neutral, sino desde un entramado de voces heredadas que resuenan en su propia escritura. Su palabra es, en este sentido, una voz habitada por otras voces; precisamente, las que recoge, conserva y personifica. De ahí que la implicación no derive en exceso o en desmesura, sino en honestidad intelectual y precisión narrativa.

En suma, *Solo el tiempo necesario* no es simplemente una novela de emigración italiana en Colombia, ni una saga familiar en sentido convencional, ni tampoco una mera reconstrucción histórica de acontecimientos. Es, ante todo, el testimonio vivo de unas formas de vida hoy relegadas, encarnadas en una familia capaz de sostener convicciones morales altas y exigentes, cuya profundidad resulta difícil de comprender en un mundo contemporáneo marcado por la ligereza y la inmediatez. Lejos de toda nostalgia vacía, la novela pone de relieve un modo de existir fundado en principios y valores que elevan la vida y hacen posible la conquista de una integridad, que es bella en sentido moral, y que no depende de las circunstancias, sino de la fidelidad a lo que verdaderamente dignifica a la persona.



En 2024 tuve la oportunidad de presentar, en un acto académico celebrado en la sede de Barranquilla de la Universidad Sergio Arboleda, las *Obras selectas de Sergio Arboleda Pombo*. El auditorio, concurrido e inquieto, se distinguió por la viveza de sus intervenciones. Recuerdo, en particular, a un hombre de más de setenta años que formulaba preguntas con una hondura poco común y una decencia inusual. Solo con el paso del tiempo —el tiempo necesario—, supongo, supe que aquel interlocutor era José, el autor de esta novela, que ahora prologo por su generosidad y su confianza, y por esa manera de ser y de habitar el mundo que heredó de su tradición familiar, y que este texto inmortaliza y pone a disposición de las futuras generaciones.

Camilo Noguera Pardo
Bogotá, 20 de marzo de 2026

Prefacio

El alma no tiene paredes

Creo que el alma es un recipiente sin paredes, en el que la realidad, la imaginación y la ficción tienen sus propios espacios. Hay, sin embargo, un lugar mayor en el que todos se mezclan. Tal vez lo más determinante sea que ninguno de ellos pueda llenarse del todo, en ningún instante del tiempo; por eso viven en permanente competencia.

Doy gracias a Dios, quien me permite seguir luchando por llenar los espacios del alma; a mis padres, que me dieron los primeros contenidos y sembraron los árboles que permanecerán eternamente enraizados en ella; a mis hijos y hermanos, que son parte esencial de todo; a Adriana, quien día a día, a mi lado, insiste en ayudarme a darle forma; y a mis contados amigos, que ya ocupan su sitio en ella.

A la vida, que a veces se vuelve juguetona y nos invita a jugar con ella, pero otras veces se torna seria, recordándonos las miles de tareas que aún tenemos por cumplir y, con ironía, nos pone de presente que el alma, al no tener paredes, es infinita, pero el cuerpo que la habita no lo es; y de nuestras tareas, muchas aún están por hacer, por eso ella —la vida— es responsable de la prisa.

El amor al alma de mis padres me impulsó a escribir esta novela; al terminarla, la veo como un capítulo de un libro cuyo número de páginas desconozco. No sé cuántos capítulos más tendrá, pero siento la tranquilidad de haber escrito éste, el capítulo necesario en el libro de mi vida. Ellos fueron quienes me impulsaron a hacerlo y mi eterna gratitud estará siempre donde ellos estén.

Jose Humberto Galiano La Rosa

ÍNDICE

PARTE I – EL VIEJO REINO

1. Atrás quedó el Estrecho de Gibraltar
2. La Italia de Benito Mussolini
3. Los orígenes: Calabria y Sicilia, entre guerras, dialectos y emigración

PARTE II – JUVENTUD Y MILICIA

4. La vida en el cuartel
5. ¿Y si te mandan muy lejos?

PARTE III – AMOR Y DESPEDIDA

6. La boda en Scalea
7. Llegaban las primeras cartas
8. El viejo continente se hacía anciano
9. El tiempo necesario, solo el tiempo necesario

PARTE IV – LA TRAVESÍA

10. Apuntes, a manera de bitácora
11. Canciones en alta mar
12. Nace Orazzia en el Orazio
13. Fortunato, preocupado por Sofía, le hace un regalo

PARTE V – EL NUEVO MUNDO

14. El desembarco
15. El aprendizaje del Nuevo Mundo
16. La escuela de 24 horas
17. Las botas que delataron a un dictador
18. El tiempo, ¿una moneda de dos caras?

PARTE VI - EL VIAJE DE SOFIA

19. Una bella gaviota
20. Un abrazo largo, muy largo, y otro más
21. Eran las cinco de la mañana.
22. Primer desayuno

23. La sobrina
24. Sofía vendió telas de seda y algo de platería
25. El correo
26. La carta sin fecha
27. Sofía y los Casimiros

PARTE VII - LA NUEVA TIERRA

28. Una tierra más al centro
29. La vesícula de doña Renata
30. El negocio: Platanal, o mejor Nápoles
31. La avanzada
32. En las tierras del Centro
33. Así llegaron, el Italianito y Cristo
34. La espera y la despedida
35. La Cirugía
36. Nápoles, de regreso
37. Sofía, sin ti no vuelvo a Scalea
38. Se podía decir que ya era costumbre

PARTE VIII - SE ACTIVAN LAS LADRILLERAS

39. Los constructores
40. Las historias, los cuentos, las chancletas y las palmas
41. Gracias, ya puedo trabajar
42. La Construcción
43. Padre, ¿aquí porque no hay monjas?, así se prendió la chispa
44. Un apóstol que nunca se fue, un amigo irremplazable
45. Embajada sin bandera o Consulado de la nostalgia
46. El momento de las comidas
47. Cuando la luz se apaga



Parte I

El Viejo Reino

1

Atrás quedó el Estrecho de Gibraltar

*“Somos lo que hacemos para cambiar lo que somos,
y los que se fueron, también siguieron construyendo el lugar del que partieron.”*

— **Eduardo Galeano**, inspirado en *El libro de los abrazos* (1989)
Cada abrazo es una historia mínima que redime, recuerda y conmueve.

Esta novela, con tinte histórico, nace en el sur del Reino de Italia (1861-1946), sobre la gran roca que mira al mar Tirreno: la villa de Scalea. Allí, donde el tiempo parece detenido entre el rumor del mar y las montañas calabresas, comienza una historia que nos lleva a 1930 y, desde allí, se desliza hacia atrás y hacia adelante: acaricia el Reino de las Dos Sicilias —con Nápoles como su corazón, faro cultural del Mediterráneo, y la isla de Sicilia como su otra mitad—; y se proyecta hacia adelante, rozando el antes, el durante y el después de la Primera Guerra Mundial.

Es un viaje que parte de Europa, cruza mares, el océano y los ríos para internarse en pueblos que, desde la perspectiva de aquellos años, resultaban lejanos y remotos.

Del Viejo al Nuevo Mundo, el lector será conducido a la Puerta de Oro de Colombia; recorrerá pueblos y ciudades, se impregnará de costumbres, paladeará sabores de la tierra, escuchará voces de la naturaleza y, al mismo tiempo, percibirá el trasfondo de una época de incertidumbre.

Antes de zarpar, es necesario orientarse: conocer algo más de la historia del Reino de las Dos Sicilias (1816-1861), el Estado más extenso de la península italiana antes de la unificación. En aquella Sicilia, Garibaldi lanzó su célebre proclama: «*Aquí se hace Italia o se muere*». La isla, junto con Nápoles y buena parte del sur continental, fue escenario de transformaciones que darían origen al Reino de Italia, del que, décadas después, partirían tantos emigrantes hacia América.

En Nápoles —ciudad de puertos y recuerdos, de cultura y de hambre— se desarrollan muchos de los pasajes de esta novela. Allí, entre verdades y fantasías, se teje la primera parte de la historia, que busca acercar al lector a la atmósfera de aquellos años convulsos, sin la rigidez del tratado histórico, pero con la fidelidad de la memoria.

Los protagonistas son personajes reales. He cambiado algunos nombres y modificado ciertas circunstancias para preservar su intimidad. Sus vidas se entrecruzan con la fantasía, porque la ficción permite dar forma a lo que, de otro modo, se perdería en el olvido. En el mundo, las cosas pequeñas o los detalles mínimos hacen grandes diferencias. El cambio en los nombres de algunas personas, la no mención de otras y el permitir que ciertos lugares se camuflen, no altera la esencia de lo que se cuenta ni la gran pregunta que sigue en pie:

¿Qué impulsaba a tantos a dejar Europa y, en particular, el sur de Italia?

¿Era solo la búsqueda de un nuevo destino?

¿Qué caminos siguieron hasta convertirse en inmigrantes en América?

¿Cómo fueron sus travesías?

¿Qué mundo encontraron al llegar?

¿Cómo enfrentaron el cambio de costumbres y de idioma?

¿Qué tanto influyó el nuevo entorno en ellos y ellos en él?

El trasfondo histórico no puede ignorarse: la guerra y la posguerra marcaron una atmósfera enrarecida. A ese ambiente poco amable se sumó la Gran Depresión, con su cauda de incertidumbre y hambre. Hablamos de una niñez que se acostaba con pantalones cortos y se despertaba con pantalones largos; una generación que tuvo que madurar sin completar el proceso natural, y de otros que fueron arrancados de sus árboles familiares porque las guerras los destruyeron.

Niños que deberían haber escuchado los cuentos de los Hermanos Grimm o de Perrault, pero no lo hicieron, o al menos no con la libertad necesaria para ello; les correspondió escuchar los cuentos que el régimen de Mussolini imponía en los ambientes escolares, porque el tirano ordenó modificarlos, adaptarlos a su pensamiento, al pensamiento fascista. Escucharon en las escuelas una versión de *Pinocchio* —el cuento más conocido de Collodi y el más narrado en toda Italia en los años treinta—, modificado por orden del régimen, donde el protagonista, un muñeco de madera, fue convertido en “el niño obediente y trabajador”, reinterpretado así al antojo del poder. El muñeco cambió y también lo hicieron los profesores, que en todas las escuelas debían contarlos como el régimen de Mussolini ordenó.

Mentiras oficiales, ecos sombríos de las guerras, el desplome de la economía de Estados Unidos que afectó a Europa de diversas maneras ... Por eso escuchaban a sus abuelos hablar del crac del 29, del Jueves Negro, del Lunes Negro y del Martes Negro que estremecieron al mundo y prolongaron sus efectos hasta 1940.

Fue una infancia en una Europa debilitada por la Gran Guerra, endeudada para su recuperación y sin grandes posibilidades de reponerse con rapidez, porque su más grande cliente de productos industriales, maquinarias y materias primas había entrado también en los años de la Gran Depresión, sin forma de seguir importando; la pobreza se globalizó, e Italia no fue la excepción.

Pocos niños pudieron disfrutar de familias completas, en muchos hogares faltaron las figuras masculinas que las guerras se llevaron y nunca devolvieron. Cuántas abuelas habrían querido contarles a sus nietos cuentos como los de *Le novelle della nonna*, de Emma Perodi, en los que los nietos se sientan cada noche alrededor del fuego para escuchar historias donde santos, lobos y fantasmas enseñan a los hombres humildes a tener fe y prudencia. Una noche, la abuela les narra cómo el alma de un carbonero salvó a un pueblo enfrentándose al diablo con tan solo un crucifijo de madera.

Pero para narrar cuentos es necesario un mínimo de serenidad, casi imposible de tener en los tiempos en que los protagonistas fueron niños.

2

La Italia de Benito Mussolini

“El mal que hay en el mundo proviene casi siempre de la ignorancia.”

Albert Camus, *La peste* (1947)

Esó fue lo que le correspondió vivir a la pareja que origina parte de esta historia. Habitaban en el sur de Italia, una región que —como gran parte del mundo— padecía la Depresión Económica. El reino no estaba entre los países más ricos de Europa; antes bien, se encontraba lejos de ellos y más cerca de la pobreza. Dentro de ese reino, el sur llevaba la peor parte en materia de ingresos y desarrollo, tanto en el siglo XIX como en el XX; a ello se sumó la dictadura de Benito Mussolini, con la profunda huella que el fascismo dejó en sus vidas y en sus entornos.

Conocieron —quizá sin darle importancia— lo que fue la Sociedad de Naciones, el afán de Mussolini por invadir tierras africanas y vieron cómo fortalecía el ejército. Como muchos, sospechaban que Italia se encaminaba a otra guerra. Jóvenes partían hacia distintos países, huyendo de la pobreza que dejó la Primera Guerra Mundial y de las nuevas desgracias que se temían bajo el mando del Duce.

Como todo dictador, era tirano, narcisista y engreído, convencido de que el mundo giraba en torno a él y de que sus sueños debían convertirse en los sueños de todos. Su afán expansionista y su deseo de sentirse dueño y señor de colonias lo llevaron a

Etiopía (1935) y a Albania (1939). Su empeño en figurar como líder ideológico más allá de sus fronteras lo llevó a apoyar la Guerra Civil Española (1936-1939) y, cuando se sintió aislado, buscó a Alemania, convirtiéndose en aliado de Hitler —a quien poco tiempo atrás criticaba duramente—, sacrificando a miles de jóvenes italianos desde 1940 hasta la caída de su régimen, precipitada por las derrotas de 1943.

Vivir en un mundo tan agitado y turbulento tenía que repercutir en las vidas de quienes crecían bajo tantas aflicciones; ese ambiente moldeaba personalidades, temperamentos y creencias. Nuestros protagonistas y su entorno no podían ser la excepción. Cientos, o más bien, miles de jóvenes italianos emigraron. La guerra... ¿qué había dejado a sus padres la Primera Guerra Mundial? Solo desempleo —que en su región superaba el 30 %—, hambre y pobreza.

En los padres y abuelos quedó también la percepción de la llamada «victoria mutilada», que no solo despojó al país de lo prometido, sino que mutiló los sueños de cientos de familias, dejándoles una victoria pírrica con profundas repercusiones. Italia había pertenecido a la Triple Alianza junto a Austria-Hungría y Alemania, pero en medio del conflicto cambió de bando. ¿La causa principal? La ambición. El rey Víctor Manuel III, aconsejado por su primer ministro Antonio Salandra —de la élite liberal-conservadora—, aceptó la oferta de los aliados: al término de la guerra, Italia recibiría territorios como el Tirol y Dalmacia; sin embargo, al finalizar el conflicto esas promesas no se cumplieron, y lo obtenido se percibió como una «victoria mutilada». Así, Italia ganó la guerra, pero se sintió traicionada por sus nuevos aliados. Ese ambiente de frustración y miseria... ¿no habría de influir incluso en lo que hoy llamamos epigenética?

Los abuelos, en sus charlas, hacían el mejor resumen:

—Mussolini nos arrebató la vida de gran parte de nuestros jóvenes. Es difícil encontrar una familia que no haya sido ampu-

tada por él: hijos, nietos, sobrinos, padres... muchos perdieron la vida por cuenta de la ambición del Duce. ¿Qué nos dejó? Una Italia devastada, empobrecida, con hambre y millones de jóvenes que emigraron dentro y fuera del país; muchos más buscando futuro en otras partes de Europa y, no pocos, atravesando mares y océanos para hallar nuevos aires en el continente americano.

¡Cuánta razón tenían los abuelos! El hambre se adueñaba de medio mundo, y solo los especuladores que se beneficiaban de las quiebras parecían felices. Para muchos jóvenes la única salida parecía ser, tristemente, la de emigrar. Colombia recibió a cientos de ellos, y Puerto Colombia fue testigo de sus llegadas.

¿Y Mussolini? El abuelo tenía la palabra. Suspiró con la profundidad de quien sabe que le quedan pocos días, exhaló una gran bocanada de aire y concluyó:

—Mussolini, ese fracasado que tantas vidas nos arrebató, murió como se lo merecía. Deberían haberlo dejado colgado para que las nuevas generaciones conocieran la historia verdadera del gran Duce Benito Mussolini.

Capturado el 27 de abril de 1945, cerca del Lago de Como, mientras huía hacia Suiza. Fue ejecutado el 28 de abril en Giulino di Mezzegra junto con su amante, Clara Petacci, y otros. Al día siguiente, sus cuerpos fueron trasladados a Milán y colgados boca abajo en Piazzale Loreto; allí debieron dejar que sus esqueletos permanecieran por siempre.

¿Y los emigrantes? Cada emigrante, una historia; cada cabeza, un mundo, y en cada uno viajaba el compendio de su familia: una memoria comprimida entre la mente y el pecho, un grito y una sonrisa, una lágrima y un abrazo, una esperanza y muchos sueños aferrados a las raíces del apellido que llevaban. Esas raíces serían la prolongación del tronco familiar, que debía echar nuevas ramas, flores y frutos en otro continente, sin olvidar jamás las que quedaban en el Viejo Mundo: eran, son y serán el puente entre dos continentes.

Nápoles los despedía desde su puerto; casi a diario se derramaban litros de lágrimas: unos en la cubierta del barco, otros en el muelle agitando pañuelos. En esas naves viajaba la fuerza de trabajo que el país no podía retener. Se oían sollozos desde ambos lados: hijos que dejaban a sus familias, madres que elevaban plegarias, ancianos que despedían a hijos y nietos con la certeza de estar viéndolos por última vez. Los abuelos solo esperaban vivir lo suficiente para recibir alguna carta, saber que los suyos estaban bien, que encontrarían aquello que buscaban.

Atrás quedaban el puerto y el mar abierto; con ellos viajaban sueños, esperanzas, deseos de triunfar. Esa férrea determinación de salir adelante fue lo que hizo que muchos lo logaran, convirtiéndose en poco tiempo en los mejores en cada oficio o profesión a la que se dedicaron, confirmando que los buenos emigrantes son verdaderos tesoros para los países que tienen la fortuna de recibirlos.

Por eso, en cada nombre italiano, libanés, alemán, polaco o español, grabado en las piedras de una plaza o en la fachada de una escuela, late todavía una verdad sencilla: nadie llega para quedarse igual, y ningún país vuelve a ser el mismo después de haberlos recibido.

La inmensa mayoría llegaron con la disciplina del ahorro, el orgullo por el oficio bien hecho, y el afán de ser los mejores. Así nacieron los hospitales, los bancos, las sociedades de socorro y los clubes, muchos de los cuales aún conservan nombres extranjeros.

Se mezclaron sabores, en las fiestas todos ellos se cruzaron, se entrelazaron las músicas, aparecieron nuevos modos de vestir, de rezar y de disfrutar la vida.

Muchos descendientes de inmigrantes perdieron el idioma de sus padres, muchos más el de sus abuelos y bisabuelos, pero la genética les transmitió su carácter: la obstinación, el amor por la

tierra, el respeto por el esfuerzo, por el trabajo, que, en últimas, los haría más respetados y respetables.

Cada uno de ellos transportaba un mundo entre su cerebro y su espalda, ese mundo llegaba y naturalmente tenía que mezclarse de múltiples formas con el mundo que lo acogía, de ahí, de esa mezcla de costumbres, de formas de ser y de actuar, nacía un mundo más fresco, enriquecido por las distintas corrientes, igual que un río al que le llegan nuevos afluentes, nunca vuelve a ser el mismo que antes de tener esas nuevas aguas.

3

Los orígenes: Calabria y Sicilia, entre guerras, dialectos y emigración

“Ellos no tenían mucho, pero el coraje que tenían bastaba para levantar un mundo.”

Las regiones de Calabria y Sicilia, separadas por el estrecho de Mesina, compartían un mismo destino: eran, como todo el sur del entonces Reino de Italia, de las más atrasadas económicamente. Su situación en la posguerra cambió poco, pues ambas fueron consideradas «territorios conquistados» —Sicilia, con mayor énfasis.

De allí provenían nuestros protagonistas: él, calabrés de Scalea, ella, siciliana; surge entonces la primera pregunta: ¿tuvo importancia el origen en su relación con el entorno? Las promesas incumplidas de Giuseppe Garibaldi (1807-1882), la represión generalizada del Duce (1883-1945), la persistencia de las mafias —combatidas, pero nunca eliminadas—, ¿influyeron en las formas de vida del Reino de Italia? Y si retrocedemos hasta el Reino de las Dos Sicilias, ¿qué peso tuvieron los dialectos en la vida cotidiana de calabreses y sicilianos?

Italia, antes de la unificación, era un mosaico de reinos, repúblicas independientes, estados pontificios y ducados, cada uno con su propia historia, cultura y lengua. No existía un único «dialecto italiano», sino decenas de lenguas regionales. En el sur

predominaban el napolitano, el calabrés, el apuliano-lucano y el siciliano, cada uno con sus variantes, lo que dificultaba incluso la comunicación dentro de una misma región. La unificación no acabó con esa multiplicidad: se tardó muchos años en imponer el italiano como lengua oficial del Estado.

Se calcula que existían entre veinticinco y treinta dialectos principales, de los cuales surgían múltiples variantes. No todos eran meras derivaciones del latín: algunos eran lenguas romances diferenciadas, con gramáticas y vocabularios propios. El término *romance* aquí no alude al amor, sino a la lengua del *romanus*. ¿Cómo progresar en medio de semejante fragmentación lingüística?

La moneda, siempre con dos caras, permite ver también el reverso: Mussolini prohibió el uso de los dialectos e impuso que en las escuelas se enseñara el italiano como lengua oficial. Bajo su dictadura también se realizaron inversiones en infraestructura en toda Italia, aunque, como casi siempre, el sur recibió mucho menos.

Giorgio, uno de los menores de la familia Galilei, tenía apenas siete años cuando estalló la Primera Guerra Mundial (1914-1918). La pareja tenía edades muy cercanas, por lo que ambos compartieron una infancia que no fue normal: la guerra arrebató los juegos y la presión del Duce convirtió las escuelas en centros de reclutamiento ideológico con tintes paramilitares. A esa generación se le recortó la niñez y se le adelantó la juventud.

La vida entre guerras, mafias y nuevas guerras dejó huellas. Algunas las transmitió la genética; otras podrían considerarse efecto de lo que hoy llamamos epigenética. Los jóvenes tenían pocas opciones: o eran propietarios de tierras, o debían trabajar como *braccianti* (jornaleros sin tierra) o *mezzadri* (aparceros), entregando parte de la cosecha; o bien, dedicarse a la pesca artesanal o a la carpintería más simple. Scalea, con unos dos mil habitantes, producía apenas lo necesario: carretas, muebles rústicos, ataúdes según la cantidad de difuntos. La monotonía y la

pobreza generalizada hacían poco atractiva la vida para los jóvenes y, por eso, el sur veía partir cada día a quienes más podían sostenerlo. Entre la emigración a países más ricos de Europa y la transatlántica, en muchos pueblos quedaron solo los mayores.

El mercado semanal aún funcionaba, en gran medida, por medio del trueque. Era común cambiar un cordero por varias gallinas, por una puerta de madera o por quintales de cereal del campo vecino. La región parecía abandonada por los distintos gobiernos; las vías rudimentarias y en mal estado no favorecían el comercio más allá de las fronteras de cada pueblo.

Cada mañana, las campanas de la iglesia sonaban como señal de levantarse a trabajar, de mirar ese horizonte tan bello como estéril. Eran la cotidianidad y la rutina que marcaban la vida de unos, más que de otros, según el tiempo y el lugar. Algunos decidían luchar por construir su pequeño mundo, un espacio con límites claros, líneas rojas que advertían que, hacia adentro, solo estaba permitida la familia; entrar allí requería la autorización de uno de sus miembros mayores.

Los límites eran necesarios. En la guerra como en la posguerra, aparecían personas y situaciones extrañas. La diferencia estaba en que, en las guerras, los enemigos solían estar claros y ubicados; en la posguerra, en cambio, las mezclas resultaban confusas y había que estar alerta.

Mussolini había sido socialista. Sí, socialista: predicaba que la guerra era «cosa de capitalistas, que enviaban a los obreros a morir». Lo escribía en las páginas de *Avanti*, el periódico que dirigía. Sin embargo, su pensamiento cambió y en 1915 se alistó en el ejército y combatió contra el Imperio Austrohúngaro, hasta que en 1917 fue herido por la explosión accidental de un mortero. Al regresar a Italia, retomó *Il Popolo d'Italia*, el periódico que había fundado en 1914, donde defendía la intervención italiana al lado de la Entente (Francia, Reino Unido, Rusia). Desde entonces, solo creía en un Estado fuerte, armado y poderoso. Ahora podemos



comprender mejor la influencia del Duce y de su partido fascista en la vida de todos.

Volvamos a las familias de nuestra pareja: Galilei (él) y La Rotta (ella). Por un lado, la genealogía de él se remonta a registros escritos de principios del siglo XIX, aunque Scalea, su pueblo, tiene raíces mucho más antiguas, con menciones que datan del siglo VIII a. C. y vestigios de asentamientos humanos en sus cuevas. Por el otro lado, la familia de ella tiene sus orígenes en la nobleza siciliana, documentada desde el siglo XIII.

La tradición señala a Gerardo La Rotta, un caballero lombardo enviado por el emperador Federico II a Sicilia en 1235, como el tronco de esa stirpe. Primero asentado en Siracusa, luego en Catania, terminó por integrarse a la nobleza local al casarse con una dama siciliana. Con el tiempo, miembros de la familia La Rotta obtuvieron títulos como barones y señores del feudo de Canolo, en Aspromonte (Calabria), con ramas también en Sicilia.

Entre sus miembros más notables figuran:

- Antonio La Rotta (1345), jurado.
- Giovanni La Rotta (1475), senador en Palermo.
- Vincenzo La Rotta (1604), embajador ante Felipe III.

En Messina, entre 1798 y 1807, la familia figuraba en la *Mastra Nobile*. Su escudo heráldico mostraba un campo azul con una banda dorada atravesada por tres rosas rojas (*Crollalanza, Dizionario storico-blasonico delle famiglie nobili e notabili italiane, estinte e fiorenti*, Pisa, 1886-1890).

A lo largo de Sicilia —Messina, Agrigento, Catania— se multiplicaron sus descendientes. Incluso en tiempos más recientes destacaron personajes como Luigi La Rotta (1875-1952), diputado antifascista exiliado durante el régimen, y Franco La Rotta (1922-1945), prisionero en la Segunda Guerra Mundial que murió en Alemania.

En la vida del sur de Italia había dos protagonistas poderosos: el hambre y el pan. A finales del siglo XIX, siendo rey de Italia Umberto I, se podía decir que gobernaba junto con el hambre. La pobreza y el alza del precio del pan, alimento básico, encendieron las protestas. El rey, fiel a su costumbre, ordenó reprimir con toda la fuerza disponible. En 1898, en Milán, el general Fiorenzo Bava Beccaris mandó disparar la artillería contra los manifes-

tantes: asesinaron a unas ochenta personas a las que el hambre, socia de gobierno, había desesperado.

Ese era parte del retrato de la Italia de esos años: el hambre no fue solo una fotografía de un momento; en el sur se convirtió en lo que después podría definirse como un largometraje. El precio del pan, inalcanzable para la mayoría, aumentó el hambre: un hambre que se repetía en las voces de los niños tres o más veces al día, un hambre que no se saciaba. Umberto I, llamado «el Bueno» por sus partidarios, también era «el Temido», porque reprimía cualquier manifestación con brutalidad.

Los muertos de Milán conmovieron a Europa y cruzaron océanos. Fue así como Gaetano Bresci, emigrante en Norteamérica, regresó a Italia decidido a vengar la masacre y, armado con un revólver, asesinó al rey de cuatro disparos en Monza, en 1900. Así terminó un reinado de veintidós años y comenzó el de su hijo, Víctor Manuel III de Saboya, que gobernaría durante la Primera Guerra Mundial y el régimen de Mussolini. El rodaje de la imaginaria película, basada en la cruel realidad, continuaba con un protagonista que siempre estaba en el reparto: el hambre.

Italia —aquella Italia— era riquísima en historia y monumentos, pero no era un país económicamente fuerte; estaba lejos de figurar entre los más prósperos. En esa Italia, en su mitad meridional, nacieron los abuelos y padres de nuestros protagonistas. Les tocó vivir todo —o una parte— del régimen totalitario de Mussolini, que fue, con seguridad, la principal causa de su emigración.

En ese contexto, en Sicilia nació Fortunato, el padre de ella, mientras que Vincenzo, el padre de él, vio la luz en Scalea, dentro de una familia muy vinculada a la Iglesia católica.



Parte II

**Juventud y
Milicia**



Jose Humberto Galiano La Rosa

José Humberto Galiano La Rosa es un escritor colombo-italiano, de profesión médico internista. Su formación literaria se desarrolló en diversas academias internacionales, entre ellas, la Escuela de Escritores, donde culminó exitosamente su proceso de aprendizaje narrativo. En etapas anteriores de su vida fue columnista de un periódico regional colombiano.

Su trayectoria académica y profesional, desarrollada entre Colombia, España y Costa Rica, ha nutrido de manera decisiva su obra literaria, marcada por una reflexión constante sobre la memoria, la historia, la migración y la condición humana. Estos ejes temáticos atraviesan una escritura sobria y reflexiva, atenta a las experiencias individuales y colectivas que configuran la vida personal y comunitaria.

Es autor de los libros *Por los distintos senderos*, *Cuentos no contados: cuento historias como cuentos* y *El juego del silencio*. Varios de sus relatos han sido incluidos en antologías latinoamericanas publicadas por las editoriales Factor Literario y Letras Negras.

Como el propio autor afirma: “Mi escritura se sitúa en el cruce entre lo íntimo y lo social, con especial atención en los procesos de desarraigo, pertenencia y construcción de identidad”.

Su novela *Solo el tiempo necesario* profundiza en la relación entre memoria familiar e historia, y consolida su proyecto narrativo como una exploración crítica del tiempo, de la experiencia vivida y de sus consecuencias humanas. En esta obra, la innovación no radica en la invención de un nuevo género, sino en la relectura y renovación de la novela histórico-costumbrista.